

Félix Remus Roda

Algobira, 95 — Teléfono 126

ELECTRICIDAD

RADIO

CALEFACCIÓN

SANEAMIENTO

INSTALACIONES
GARANTIZADAS

PRECIOS LIMITADOS

PIDA PRESUPUESTO
SIN COMPROMISO



*Desea a sus clientes
y amistades*

*Felices Navidades
y Próspero
Año Nuevo*

“NO SE DAN AGUINALDOS”

Entre los recuerdos negativos infantiles de la Navidad, existe, por nuestra parte, el de los rótulos que, en tiendas y casas comerciales, aparecían, ante nuestros ojos, súbitamente entristecidos por el presentimiento obscuro de la significación de la leyenda, unos que contenían la siguiente: «No se dan aguinaldos». Los letreros, con el tiempo, se han inclinado a desaparecer. Por lo menos, han disminuído a nuestra vista, que también ha dejado de ser infantil. Y quizás quiera ello decir que ha aumentado el sentido evangélico de la caridad en el mundo. Que se acerca más la hora del Mundo Mejor.

Los que no dan aguinaldos; los que cierran la vista y el oído al clamor, o al murmullo, de la impetración del prójimo; los que, porque en un periódico han visto que un mendigo sórdido se durmió para siempre entre unos míseros montones de calderilla o de descolorido papel moneda, agarran el bolso, o la cartera, con el puño convulso, y encima dirigen miradas agresivas al pedigüeño callejero; todos estos no comprenderán nunca que la pobreza espiritual es indispensable para alcanzar, para vivir, la plenitud del concepto de la Navidad. La Navidad cristiana, que es la irradiación a todo el mundo, de la pobreza — Pobreza Redentora — de Jesús.

Socialmente hablando, habrá siembre abusos en la explotación de las cosas más santas, más humanas, más extendidas. Pero el vicio no ahoga, no puede, no debe ahogar, la virtud. Y la anécdota, que crea a veces la prevención, el escrúpulo, el temor, no ha de suprimir la categoría. La categoría absoluta de la Caridad, con todo su empuje, su impulso, paulinos, cristológicos. Esa caridad que no muere nunca; y menos ante el infimo escollo de un desaprensivo, de un desagradecido, de un acaso inconsciente profanador del Mensaje Divino del Belén eterno; de una disonancia accidental en la armonía a la vez celeste y terrena, del coro de ángeles y de hombres ante el Pesebre.

Los que se encarnan en esta actitud de no dar, sistemáticamente, aguinaldos, y que, además, lo proclaman, lo hacen público, con ostentación endurecida, son los Scrooge de hoy. Los que, quizás sin haber leído la famosa obra de Dickens, son, moral y psicológicamente, la reedición actual de aquel personaje, que Jesús Tordesillas representó en la pantalla española. También Scrooge era de los que no dan aguinaldos. El socio de Marley, empero, fué visitado por un espectro, mensajero de tres espíritus quienes le revelaron la lección de la Navidad. Los Scrooge de hoy, ante el espectáculo ingente, evidente, del dolor del mundo, no necesitan visitas fantásticas, ni sobrenaturales. Si permanecen hoscos, entenebrecidos a la luz navideña, es que ya no queda en ellos nada de angélico, ni de infantil, ni, por consiguiente, de hombres. De hombres de buena voluntad, que son los únicos a los que, en esta Noche — esa Noche que parece Día, como reza la frase popular, — es deseada, llevada, santificada, comunicada, la Paz.

«Demà, posats a taula, oblidarem els pobres», escribió un poeta, pobre de espíritu, de bienes, y, sobre todo, de salud, ya precaria en él al entonar aquellos versos de su cada año recordado «Nadal». Pero no les olvidemos en este día, que es *su* día. Y procuremos hacer de ese día una actitud cotidiana de benevolencia, de bondad auténtica, de amor comunicativo, trascendente. Como vivimos la Comunión de los Santos, en la intención de la plegaria, vivamos la comunión de los pobres, en la intención solidaria del bien ajeno; en la conciencia de que nuestra felicidad, temporal y eterna, radica, es inseparable, de la ventura de los demás. Demos, a todos — y, por eso y para eso, a cada uno — el aguinaldo continuo del don de Dios que toma como instrumento de dádiva a nuestro corazón mismo. El don de la limosna, de la sonrisa, de la comprensión, de la abnegación, de la salvación, de la palabra y de la obra. «A semetipso». Por algo decía San Juan de Dios, uno de los innumerables — tan innumerables como las almas santas ya glorificadas — apóstoles de la caridad fraterna: «Hermanos, haced bien a vosotros mismos». Porque el aguinaldo de amor que no demos, equivale al suicidio de tapiarnos, a martillazos de egoísmo, la puerta del Paraíso.

OCTAVIO SALTOR